

CUENTO

“El dolor es la noción de que nos duele”

Antón Chéjov, *Narraciones*.

Pañuelo Rojo

Cuando tenía ocho años tuve un sueño extraño o, en realidad mi último sueño. Estaba en casa y había luna llena. Papá y mamá miraban la cuadrícula con imágenes a color, mientras yo formaba un rompecabezas con mi hermana y hermano mayor. Todo estaba tranquilo y por las ventanas abiertas entraban algunas ráfagas de viento, pero nadie les prestó atención, era bonito ver cómo las cortinas blancas se balanceaban con tanto estilo y calma.

—¿Que fue ese ruido? —mencionó mi padre rompiendo el silencio.

—No ha sido nada, solo el viento querido y mamá puso su mano en el hombro de papá.

Supongo que, en los sueños, al ser una realidad alternativa e inconsciente, uno solo existe y fluye con lo que suceda, pues jamás escuché ningún ruido, pero no me quedaría resolviendo el rompecabezas sola mientras todos se levantaban para ir a investigar.

La casa en la que vivíamos en ese entonces tenía tres pisos y en el primero había un gran patio que se debía cruzar para poder salir, pero no a la calle, sino a un gran callejón oscuro. Esta fue nuestra primera opción para escapar antes de que papá fuese atrapado por la criatura de dimensiones antinaturales.

Recuerdo que al darme cuenta de quien se trataba no me asusté, ni siquiera tambaleé, la verdad es que me asombré y me deleité por severa maravilla, aunque antes de verla, por supuesto, estaba asustada por el crujir de los ventanales ante los sonidos que este emitía —no puedo recordarlos claro está—.

Cuando lo vi por primera vez estábamos a punto de escapar por el inicio del callejón —donde perdí un zapato— hasta que alguien gritó que papá había sido capturado y, por supuesto, todos volvimos. Era papá, ¿quién no volvería por papá? Entramos, subimos las escaleras que no eran cubiertas y fue donde pude

asombrarme, tuve emociones encontradas y me fasciné, se trataba de un minotauro.

Un minotauro, pero no como el de historias fantásticas de Narnia. Este era diferente, pues no estaba completo y me refiero a que no tenía piel o pelo, solo era un esqueleto con traje, porque sí, usaba traje, uno negro muy bien planchado, sin corbata y sin zapatos. Aquella criatura misteriosa tenía a mi padre entre sus garras mientras le aullaba a la luna llena. Nunca escuché de un minotauro sin piel y aullando a la luna, tal vez por ello me fascinó.

Todos corrimos para poder salvar a papá quien dé un momento a otro ya estaba junto a nosotros —nunca entenderé la realidad de los sueños, supongo en el proceso debimos pelear con la criatura para liberarlo— entonces, nos propusimos a volver al plan inicial pero el de traje era más astuto y cerró todas las salidas dejándonos atrapados en uno de los cuartos principales. Todos aprovechamos las sombras de la noche y nos escondimos en ellas, pero él nos descubrió.

Salió del armario con mucho estilo y aunque me encontraba diagonal hacía él, me dijo con seguridad que solo poseen mandatarios.

—¿Dónde está mi pañuelo rojo? ¿Qué? —Pensé, no recuerdo cómo era su voz, pero seguramente era gruesa.

—¿Dónde está mi zapato? —dije, no existe ninguna explicación, así funcionan los sueños, creo.

—Dame mi pañuelo y te lo daré.

—No tengo ningún pañuelo rojo.

Eso es todo. Desperté justo al terminar la frase, y desde entonces no volví a soñar, ni pesadillas, ni nada. Cada que dormía solo me encontraba con vacíos oscuros y aunque al principio me preocupó, luego de un tiempo lo olvidé y seguí con mi vida como si soñara como toda persona normal. Hasta que un día en la universidad conocí a Sophie, una chica bastante extraña y tímida.

Sophie estudiaba literatura y soñaba con ser maestra, nos conocimos en el salón de inglés donde hicimos un trabajo juntas. Continuamos con nuestra amistad y al pasar los días ella comenzó a hablar mucho sobre los sueños y el poder de

estos, entre todo esto siempre omití mi realidad exenta de sueños para parecer normal.

—Algunos dicen que los sueños son profecías, que si sabes leer bien podrás dominar tu mundo, bueno, en sentido figurado, ya que no puedes leer en los sueños.

—¿No es posible leer?

—No, ni contar tus dedos, siempre te saldrán menos o más, desearía poder intentarlo, —pensé ¿Alguna vez te ha pasado que estás consiente de estar dormida, y retas a la realidad, como saltar de un edificio alto o, volar? Lo he probado y te aseguro que es de las mejores sensaciones que experimenté, deberías intentarlo.

—No, es ridículo, —dije sin importar lo cortante que sonaba, debo irme.

—Espera, ¿dije algo malo? ¿Por qué estás tan molesta?

—¡Yo no sueño! No puedo intentarlo, porque no sueño hace más de diez años —Sophie se quedó helada, casi pálida.

—No es posible, todos soñamos.

—Yo no, ¿vale? Así que ya no me hables de esto, es incómodo —ella se quedó en silencio, por lo que asumí que era un sí.

El resto de la semana transcurrió normal y sin charlas sobre sueños, pero Sophie estaba extraña y el viernes, al terminar las clases, me pidió que la acompañara a su casa por un paquete que había olvidado, sin ninguna sospecha le acompañé.

El paquete se trataba de un atrapasueños y aunque me enojé un poco, me pareció bonito, era azul y con muchas plumas de diferentes tamaños.

—Deberías soñar.

—No es la gran cosa Sophie, solo son imágenes y la verdad no siempre se sueña.

—Deberías soñar —repitió.

—Vale, gracias, está bonito, aunque no creo que sea de mucha ayuda.

—Te servirá, es de madera de un sauce viejo dicen que tiene mayor efecto así.

—Pensé que era para separar los sueños buenos de los malos y yo no tengo ninguno.

—Ten fe, tal vez tenga alguno.

—Bien ¿Dónde debo ponerlo?

—Junto a tu cama o de preferencia encima de tu cabeza —hizo una pequeña demostración sonriente.

—Ok, lo haré cuando llegue a casa, ¡gracias! Por cierto, ¿me prestas tu libro de inglés? Perdí el mío.

—Sí, está en el segundo cajón, tómalo.

Aquella noche hice lo que Sophie dijo, lo colgué en mi cama y luego de hacer un par de pendientes me recosté a dormir, sin pensar lo que me esperaba, sin pensar que, a mitad de la noche, me despertaría sudando y asustada.

Todo estaba oscuro como era habitual, pero de pronto apreció mi cuarto, mi madre, mi padre, mis hermanos de hace muchos años, ahora ya no tenían la edad que en el sueño aparentaban, pero no fue un sueño completo solo eran reflejos como si mi mente intentaba recuperar todos los sueños perdidos en los años de oscuridad. No solo estaba mi familia, encontré mis miedos de niña, los monstruos que creaba en mi cabeza y todo aquello que en mi pasado me atormentó.

Entre todos estos reflejos, pude verlo y nuevamente no tuve miedo, solo intriga, pero no por mucho. Los reflejos eran inconscientes, no podía interactuar con ellos, era como ver una película de mi vida, pero al verlo a él todo cambió, los reflejos seguían pasando, pero él estaba en el fondo mirándome, seguía usando traje y no tenía piel. Comencé a temblar e intentar despertar, pero antes de lograrlo pude ver como en su garra derecha sostenía mi zapato, el de hace tantos años. Al darme cuenta me sonrió —quebrando algunos de sus huesos—, era una sonrisa malvada.

Al lograr despertar, su figura fue lo último en desvanecerse, como si realmente hubiese estado allí.

—Pero, ¿qué?

No es posible que Sophie me haya dado la llave a mis sueños, no es posible que algo tan pequeño pueda lograr devolvérmelos y mucho menos que aun sueñe con esa criatura, ¿por qué? No es normal ver tus sueños acumulados o, ¿sí?

Al día siguiente en la universidad lo primero que hice fue buscar a Sophie que, aunque no es una experta en el tema, debe tener una razón específica del porqué me dio el artefacto.

—Historias.

—¿Historias? ¿De qué tipo?

—Historias de tribus nativas, mi abuela me las contaba.

—En efecto funcionan.

—¡Qué! ¿Has vuelto a soñar?

—Sí, pero no fue agradable. De hecho, me encontré con un viejo amigo que no es bonito.

—¿Tuviste una pesadilla?

—Eso creo.

—Irónico, se supone que aleja los malos sueños, no los atrae.

—Tal vez está descompuesto.

Volví a casa sin respuestas como era de esperarse, pero no importó mucho, ya que tenía trabajos acumulados y debía concentrarme. Pasé varias horas mirando la pantalla de mi teléfono y la de la computadora y, cuando el reloj marco las doce, salí de mi cuarto para ir por un vaso de leche, para ello, debía cruzar por el cuarto de mi hermana, quien no había cerrado la puerta. Casi me da un ataque.

—¡MAMÁ!

Pude ver a mi hermana, definitivamente era mi hermana, pero no completa. Miré cómo su espíritu rodeaba el cuarto y su cuerpo yacía en su cama. Mamá llegó pasado dos o tres segundos (su habitación no era tan lejana) mientras eso yo me desplomé en el piso, tapando mis ojos.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué gritas?

—Sí por qué despertaste a todos —dijo mi hermana justo antes de que yo dijera algo, —me asusté al verla despierta frente a mí en carne y hueso. No pude

decir nada, me quedé muda, aunque la verdad podía jurar haber visto su alma transparente hurgando su propio cuarto, pero seguramente me creerían loca, así que no dije nada. Evadí las preguntas diciendo que había visto un pequeño ratón saliendo del cuarto de mi hermana, lo que no fue tan buena idea, ya que a mi madre no es que le agraden esas criaturas. Terminó colocando veinte trampas por toda la casa antes de volver a la cama.

Cuando por fin pude volver a mi cuarto, llamé a Sophie, estaba asustada y definitivamente no podría volver a dormir.

—¿Estas despierta?

—Eso creo ¿Qué es tan urgente a esta hora, dime?

—He visto algo o bueno a mi hermana, bueno no a ella directamente o mejor, sí a ella, pero más bien a su espíritu, no a ella en su cuerpo.

—¿Qué? No es bueno hacer bromas a personas con mucho sueño.

—¡No bromeo, de verdad! La he visto, casi me da algo y luego de dos segundos ya estaba junto a mi preguntando que había sucedido.

—No comprendo.

—Creo que vi su alma ¿y si estaba muriendo? —mi voz tembló al decir esas palabras.

—No lo creo, primero por qué es imposible y, segundo, porque no hubiese podido volver solo para saber si tú estabas bien.

—Poder de hermanos, supongo —solté una risita sarcástica al final.

—Está demente o puede ver los sueños de los demás.

—Espera, eso es... ¿Es posible? ¿Pero cómo? No, no lo creo, de seguro lo imaginé, nada más.

—Puedes hacer la prueba, ve al cuarto de tus padres y...

—¡No! No es bonito deber Sophie, nada agradable.

—Solo así lo sabremos, es eso o sufres de demencia.

Después de otros comentarios colgué el teléfono y con mi negación rotunda me metí entre las cobijas de mi cama, aparte de curiosidad tenía miedo, pero no solo de volver a ver algo así, si no de volver a soñar con la criatura. Cada que

intentaba cerrar mis ojos me venía a la mente su fea figura y aunque ya no tenía el atrapasueños en mi cama, ni en mi cuarto simplemente me daba miedo dormir y soñar. Pero el cansancio no me dejó y en definitiva sucedió lo que más temía, volver a encontrar a la dichosa criatura.

Esta vez no tenía a mis sueños acumulados rodeándome, esta vez me encontraba justo donde debía estar, es decir, en mi cuarto, pero no podía verme. Quiero decir, sabía que estaba en mi cama dormida, pero en el sueño no había nadie allí y era de día. No sé por qué, pero fui por mi hermana para ir al cine —una realidad distorsionada, no me gusta ir al cine—, sin embargo, al llegar a su cuarto, noté que podía verla, pero nuevamente la veía separada.

Fue donde confirmé la teoría de Sophie, podía ver sus sueños mientras miraba como dormía, era aterrador, pero lo fue aún más cuando me acerqué a su espíritu y cuando estuve a pocos centímetros, su alma ya no era blanquecina, sino cálida y ya no podía verla dormir en su cama.

—Me pasas la libreta, quieres. Sus palabras me dejaron helada, sentí como mi sangre salida de mi rostro, me había hablado como si fuese real. —Vamos está junto a ti, a la derecha. Y lo estaba, pero no se la di, solo caminé hacia atrás, hasta que de pronto volvía a tener la palidez de antes y en su cama su cuerpo reapareció. Fue donde lo entendí, había logrado entrar en su sueño, lo cual era aterrador, pero emocionante. La emoción duro poco.

Al ver como su alma se balanceaba hurgando en su cuarto, también divise un par de huecos oscuros donde se supone iban los ojos, era la criatura y asechaba el sueño de mi hermana con malicia y al notar mi presencia me sonrió rompiendo nuevamente algunos huesos y levantó una de sus garras para fulminar el sueño con un chasquido. Desperté de inmediato, corrí a su cuarto, pero la encontré despierta, al parecer, no solo terminó con mi sueño.

—¿Cómo que estuviste en su sueño? Técnicamente es imposible —dijo Sophie incrédula en la mañana.

—Tal vez el atrapasueños que me diste estaba defectuoso.

—No lo creo, de hecho, debe ser de los mejores.

—Bueno no importa en realidad, solo sé que esa criatura asecha los sueños de los demás y con ello no es suficiente, es capaz de terminarlos con un chasquido.

—¿Le temes?

—Como a nunca lo había hecho en la vida.

—¿Cómo es?

—Un ser de ultratumba pero elegante, lleva traje que adorna su hermosa calavera.

—¿Tu sarcasmo es una técnica de defensa?

—Probablemente, es un ser que juega con tu mente, uno que tiene poder sobre ti mientras duermes, tipo Freddy Krueger, pero sin la parte en la que te mata.

—Podría, tal vez...

—No colabores con mi demencia.

—Pero si ya has perdido la cabeza, que te queda —su comentario me hizo reír

—Bueno con demencia o no, tengo una teoría.

—Cuéntame.

—Se supone que tenía ocho cuando lo soñé por primera vez y en el sueño perdí uno de mis zapatos, creo que esa es la llave para obtener mi vida normal de vuelta —me miro extrañada. —Me refiero a que puede tratarse de una metáfora, se llevó mi zapato y con él mis sueños o, ¿es normal no soñar por años? No mantengo ningún trauma del pasado u algo parecido, así que, si lo recupero podré parar todo esto.

—¿Y si se trata de un don?

—Pues no es un don bonito y tampoco lo quiero, ver almas no es algo que me apetezca y mucho menos husmear en los sueños de los demás.

—Deberías reconsiderarlo, puedes hacer mucho con él, no solo ver almas. Es más, hagamos una prueba de lo que puedes lograr. Ven a mi casa esta noche y entra en uno de los míos, dime si encuentras a la criatura y, si es así, intenta sacarle el zapato. ¿Es una buena idea, no crees? Compruebas todo lo que puedes lograr y al mismo tiempo encontrar una salida a tu tormento.

No me desagradó la idea, de hecho, me gustó, pero temía, puesto que la criatura me inquietaba, solo con su recordar el sonido de los huesos de su cráneo quebrándose al sonreír me ponía con los pelos de punta. Aun así, accedí.

Le dije a mamá que no volvería a casa en la noche, di el número de Sophie, por si sucedía alguna emergencia y terminada mi última clase de francés. Me dirigí a su casa. Sophie me recibió ya empijamada, por alguna razón estaba emocionada. Cenamos y luego me puse un pijama de Sophie, me cepillé y como era jueves no me preocupé en dejar los deberes para el fin de semana para ver una película, *Miss Peregrine*, una larga, sustanciosa y buena película, sin duda.

Antes de dormir, Sophie me pidió que evite entrar en los sueños de sus padres y su hermanita menor, Charlotte, a lo que por supuesto accedí. Di muchas vueltas en la cama antes de poder conciliar el sueño y, cuando al fin lo logré, no soñé. Solo había oscuridad como antes de haber recibido el atrapasueños. Desperté un par de veces y a la tercera o quinta pude ver cómo el espíritu de Sophie se posaba en su peinador cepillado su larga cabellera. En ese momento me di cuenta de que jamás me acostumbraría a ver las almas, simplemente causan escalofríos.

Me acerqué lo suficiente como para que su alma blanquecina cobrara color y mi pijama se cambiara por una de las prendas que más uso, había entrado a su sueño. No estábamos en su cuarto, de hecho, nos encontrábamos en la universidad o, para ser más precisa, en los baños. Sophie hablaba de corbatas que se deberían dejar de producir mientras yo inspeccionaba el lugar en busca de la dichosa criatura. No me sorprendí al encontrarla observándonos desde una de las esquinas, pero no del baño, sino desde su cuarto. Me sentía como en una burbuja.

Esta vez no tenía sonrisa, solo estaba estática como si sus fuerzas se hubieran agotado, pero aquello solo duró como tres segundos. De un momento sin darme cuenta se estaba dirigiendo a nosotras. Mi corazón latió tan fuerte que pensé que se me saldría, no quería que Sophie tuviera una pesadilla por mi culpa; sin embargo, no logré salir a tiempo.

La criatura entró en la burbuja en menos de un segundo, pero cuando lo hizo sucedió algo increíble, o no tanto en realidad, se aproximó como un minotauro con

traje y sin pelaje, pero al atravesar la burbuja dejó de serlo, se convirtió en Martha, nuestra compañera de English de administración.

Me quedé helada ante tan rápida transformación.

—Martha! Me recuerdas cuando es el próximo parcial —Sophie fluía como nunca.

—Sí, por supuesto, si me ayudas a buscar mi pañuelo —soltó una risita de ingenuidad fingida.

—¿PAÑUELO? —No pude gritar, estaba diciendo lo mismo de hace años. Seguía en búsqueda de su pañuelo.

—Adivinare, es rojo, ¿no es así?

—Exacto, la que combina con todo mi guardarropa —Me exalto un poco cuando parecida era respecto a la verdadera Martha.

—¿Puede acceder a tus recuerdos o solo se sabe los sueños de todo el mundo?

—Bueno, al parecer tú sabes de él mejor que yo, supongo que ayudas a buscarlo y querida, procura no arrugarlo quieres —sonrió de la misma forma malvada de su versión de minotauro y ahora con pupilas oscuras me guiño un ojo

—Sé que lo encontraras, solo tú sabes donde esta —y sin previo aviso chasqueo los dedos para nuevamente hacer que despierte, naturalmente Sophie también.

—No recuerdo mucho ¿Qué sucedió?

—Sabe quién soy, uso tu sueño para darme a entender su pedido, quiere su pañuelo.

—¿Cómo, su pañuelo? Jamás lo has visto o, ¿sí?

—Realmente no, pero creo que es la llave para que deje de seguirme.

—No puedes darle algo que ni siquiera tienes —sus palabras retumbaron en cabeza, era verdad.

Aquella idea me dejó pensativa por días, días en los cuales perdí muchas horas de sueño reconfortante por haber terminado sin querer en sueños hasta de vecinos. De alguna manera, fuera de lo moral me comencé a acostumbrar el entrar

en historias que donde las personas no actúan tan conscientemente. Debo recalcar que de todos, mi preferido fue el de un pequeño que nunca había visto antes, estábamos en su jardín y él se balanceaba tranquilamente en su columpio mirando la cerca; nunca se detuvo y mucho menos aceleró su balanceo. Algo curioso es que jamás miré su rostro y, por primera vez, no miré a la criatura observándonos, me pregunté cuál sería la razón, pero, no le di importancia, después de todo, era la primera vez que disfrutaba de un sueño.

Volví a aquel sueño por muchos días para descansar, extrañamente siempre soñaba lo mismo, las mismas nubes, el sol en la misma posición, él con la misma ropa y su balanceado suave. Nunca supe cómo era que llegaba, simplemente aparecía. Además de que no me preocupé de nada hasta que en una mañana me encontré con el pequeño Thomas (tenía como cinco) en un parque cerca de casa, quien causo más estragos en mí que la criatura misma.

—¿Por qué vienes cada noche? —pregunto, su madre estaba presente por lo que respondí con cara extrañada: —Sí, ven y mira cómo me balanceo —mi corazón palpitó como nunca lo había hecho.

—¿De qué hablas pequeño? —dije intentando disimular mi voz temblorosa.

—No te lo daré, es mío me le ha dado papá, ¿a qué se refería?

—¿El qué? —intente que me saliera una voz tierna, pero logré muy poco.

—Mi pañuelo rojo, sé que te envió a buscarlo. Él no es bueno, no deberías ayudarlo. Justo al terminar la frase noté que su mirada era tan profunda como la del minotauro, pues tenía la misma pizca de maldad, pero algo que lo hacía todavía peor era su sonrisa, una sonrisa malévola que nunca nadie merece presenciar.

Volví a casa asustada, al cruzar la puerta de mi cuarto, llamé a Sophie.

—Es imposible, estas delirando.

—Te digo que es verdad, la misma mirada, el mismo cabello, es él, me reconoció y dijo que no me lo daría ¿Cómo alguien que jamás he visto puede decirme que no me dará un pañuelo rojo que hace años, en uno de mis sueños, una criatura extraña menciono? ¿Cómo? Un niño, ¿de verdad? Es remotamente imposible y lo sabes.

—Sabes algo todavía peor.

—¿Qué?

—Que la criatura le tiene miedo, dijiste que jamás apareció en sus sueños y tiene su pañuelo. Es la única explicación, le tiene miedo y si tú quieres recuperar tu paz, al dormir, debes recuperarlo para él.

—Me asusta, nunca vi su rostro en los sueños y, ¿si es algo peor que la criatura?

—¿Cómo?

—Sí, qué tal es alguien espectral, con rostro desfigurado, algo sin alma, venido de quien sabe dónde, ¿y si me hace algo? Ya me dejó claro que no me lo daría.

—Debes hacerlo, debes quitárselo.

—No quiero, solo de pensarlo me pone los pelos de punta.

—¿Quieres que todo esto termine? Hazlo.

Al colgar el teléfono simplemente me tiré en mi cama y pensé en cómo podría morir si no lograba salir a tiempo con el pañuelo, ¿y si me atacaba?, ¿y si me hacía prisionera en su sueño?, ¿la criatura llegaría a mi rescate?

Si pudo reconocirme sin antes haberme visto, ¿cómo podía estar segura de que no podía salir de su propio sueño para atacarme? Muchas preguntas y nadie quien las resuelva, definitivamente me sentía perdida.

Los días siguientes me la pasé en mi cuarto, no entré a ningún sueño, solo me quedaba sentada en el filo de mi cama alerta, por si alguien se atrevía a entrar en mi propio sueño, pero nadie llegó jamás y la falta de descanso comenzaba a afectarme. Debía hacer algo, debía recuperar mi vida. Tenía que ir por el dichoso pañuelo, por más miedo que tuviera.

Era miércoles y terminé mi día con normalidad, cené con mi familia y compartí varios recuerdos, hablamos del pasado y del presente. Me sentía feliz de tenerlos conmigo y evité, a toda costa, ponerme nostálgica por la misión de la noche, pues sí, lo había decidido. Lo haría.

Al irme a la cama abracé a mamá y me puse mi pijama, al menos iría cómoda. Inmediatamente al tocar la almohada me despegué de mi cuerpo y emprendí el mismo camino de antes.

Lo encontré igual: en la misma posición sin mostrar su rostro, pero algo había cambiado, en su bolsillo derecho del pantalón sobresalía una pequeña mancha roja, la llave de mi tranquilidad. El pañuelo rojo.

Título, Temor y luz

“Vaya tintas dilatadas, nudo en la garganta, pánico profundo, manos sudorosas, voz temblorosa, palabras cortas, olvido de memoria, palpitar de un corazón confundido”. Provocas en mí una controversia de mis sentimientos, no sé la verdad si llegó a temer de tu salvaje forma de intimidarme o, es ese brillo de luz de ojos que me hace perderme en ti, pero hay mucho que pensar.

Más allá de esta sensación, donde los estereotipos de la sociedad invade los formalizarnos para encajar, dicte la sentencia de perder un amor, porque no se cuestionaba ante los requisitos de tener una pareja, junto a los tiempos de entrega fue oculta la presencia de vernos juntos y felices; aquellos días de cada noche en cada salidas en bares a la media noche, te analizaba, debe ser el licor que te hace verme especial, le susurré al oído, tratando de adivinar por qué notabas mi presencia, me atraes de una forma muy loca, difícil de explicar, me respondió. Sentí una censura y a la vez posición de que ya soy tuya.

En el momento de llegar a casa, pensar lo ocurrido y de tener esa idea propia de solo buscar en mí una aventura, congelaba el deseo insaciable de dar un paso más; al fin y al cabo mi familia logró conocerte desde otro punto y no como quería presentarte, vieron nuestro jueguito de corretear nuestras miradas en las reuniones y me advirtieron no tenerte más que una amistad, decidí lo correcto para ellos, la experiencia de los viejos es importante, hice por no quemar mis manos al fuego, obteniendo mi desprecio, corríste a otras almas gemelas, que no lograron superar lo que pensabas de mí.

Intenté también ser feliz en otros brazos y en algunos encuentros que tu ausencia no está, presiento que te necesito, sé que también lo sientes por mí. No importaba el drama que hacían todos para olvidarte, siempre te recordaba como algo dulce, difícil de olvidar, con unas virtudes que no conservaba ninguna persona,

es que tu cautiva forma de amor de pasado atrajo mis intenciones, podías hacer ver un amor verdadero, tras una carta de amor, serenata, tras noches de conversaciones profundas e importantes para los dos; sin embargo, más pudo los obstáculos con lo lindo que parecía querernos, tomamos caminos diferentes y cada vez te iba mal, seguía conformándome con una persona y eso despertó tu obsesión, conociendo tan bien mis rutinas, me arrebataste mi toma de decisiones.

Recuerdo que tuve una invitación que decía ser de mi familia en una plaza y solamente estabas tú, me engañaste y me tomaste a la fuerza para abandonar todo lo que tenía construido en mi vida, desperté en una casa de campo, tratando de construir algo verdadero; no obstante, ya te odiaba, porque te había entregado lo mejor de mis sonrisas, te compartí mis sueños y aun así aceptaste conocer a alguien más, se acabó todo el amor que parecía montañas; eres hipócrita al decir amarme, por qué solo vives de un recuerdo del pasado, tienes obsesión, le dije. Sosteniendo su cabeza ante mí, enserio te amo, sé con certeza que esta vez estaremos bien, me respondió. Incliné mi cabeza, si tanto me amas, déjame ir, le dije. Honestamente a la situación que había llegado él, seguirás conmigo, te haré feliz, estás tensa, debes descansar, mi amor, mañana nos casaremos; me respondió; al momento de dejarme en soledad rompí en llanto, fui quien permitió esto, no mi familia, tenía que pensar que merecía, tenía que alejarme de todo lo que me duela, tenía que ser consciente de que todos nos equivocamos y que sólo yo tengo la última palabra de cambiar las cosas.

Pasaron dos años y con el que resultaba ser el amor de mi vida, cambió tanto, me dejó ir cuando decidió dejar este mundo, porque intento ser feliz, sin importar lo que sentía la persona deseada. Me sentí muy mal y un alivio ya que, aunque me mantuvo cautiva, nunca me hizo daño, ya me estaba enamorando de la obsesión de él ante mí, mi familia está bien, fui testigo principal de lo cometido y aclaré todo lo que necesitaba en mi vida de ahora en adelante.

Sin título

Un día en el año 2022, fui a caminar de noche por las calles de Tumaco, de repente escuché unos ruidos, confundido me escondí detrás de un automóvil y vi una persona, y dije: —¡Hola! —Y la persona no respondió, después me di de cuenta que era gris, tenía los ojos negros y no hablaba. El ser desconocido corrió y, de repente, lo perdí de vista, pero me causó curiosidad y busqué en internet con esas características y aparecían extraterrestres. Me pregunté: ¿realmente era un extraterrestre?

Un día fui al mismo lugar, pero en la noche y estaba ahí dicho ser y muchos más. Llamé a un amigo O'Brien. O'Brien llegó corriendo y un extraterrestre lo vio, después todos los extraterrestres corrieron. O'Brien y yo agarramos a un extraterrestre y lo llevamos a la NASA. Allí lo investigaron.

En un momento de la investigación con los amigos presentes, se escuchó un ruido extraño que parecía venir de afuera. O'Brien, quien primero llegó afuera, fue el primero en desaparecer. Eso me hizo pensar que eran los extraterrestres. Fui a la casa de mi amigo y no lo encontré. De pronto vi una luz en el cielo. Era un OVNI, corrí lo más rápido posible hasta que llegué a mi casa y me fui a dormir. Al día siguiente, miré por la ventana a ver si había algo, pero no vi nada. Decidí investigar por la calle y solo encontré unas de mis gorras. Por la noche alguien gritó: ¡Ayuda! En eso fui corriendo lo más rápido posible y vi a los extraterrestres llevándose a O'Brien. no pude hacer nada y a mi amigo se lo llevaron en un OVNI. Así que llamé a la policía robótica para que resolvieran el caso. La policía no encontró rastro, pero yo no me rendía y seguí buscándolo hasta que encontré un OVNI, entré allí, pero no había nada. Seguí caminando por la noche y vi otro OVNI que venía hacia mí, me escondí en un árbol, pero lamentablemente me vieron. Los extraterrestres me

secuestraron, la verdad no sabía en dónde estaba, pero sabía que me habían secuestrado. De repente vi a O'Brien, parecía que estaba desmayado o dormido. Los extraterrestres me vieron despierto y me querían hacer dormir, pero afortunadamente pude escapar del OVNI. Al final me di cuenta de que todo fue un sueño, un extraño sueño.

El que todo lo puede

Ese día acababan de despedir a Walter del trabajo, al cual le había dedicado los últimos 10 años de su vida. Él se caracterizó por ser un buen empleado, era muy puntual, no faltó ningún día a su empleo y mucho menos se metía en problemas, el único error que cometió fue descubrir a su jefe con la compañera de trabajo que más lo detestaba, esa fue la causa de su despido. Molesto, Walter, pensó; ¡Esto no se va a quedar así! Por lo tanto, lo primero que hizo después de organizar sus cosas y de hacer la entrega de su puesto, después de despedirse de sus compañeros y de recoger sus pertenencias, fue ir directo a la oficina de su antiguo jefe para desahogarse de la manera más monumental y épica posible. Todos en la oficina quedaron estupefactos y sorprendidos con la reacción de Walter, fue tal la reacción, que la única forma para poder sacarlo fue llamando al personal de seguridad.

Sentado en la barra del bar, el desdichado hombre le pidió al mesero que le sirviera otra cerveza, era la décima que se tomaba y no hacía más que alardear de sus logros y triunfos, de todo lo que la empresa le debía y, que, gracias a él, hoy eran conocidos en el mercado internacional, nunca había sido un buen tomador, por lo tanto, ya se encontraba completamente ebrio. El cantinero no quería servirle otro trago más, así que Walter, notablemente enojado, la agarró con el mesero; cuando estaba a punto de golpear al joven, sintió un fuerte impacto que fue directo a la quijada, mandándolo unos pasos hacia atrás para luego terminar cayendo al suelo. Cuando estaba a punto de levantarse, escuchó una vocecita que le dijo: —“Ahora todo lo puedes”.

Entonces, en un acto desesperado, Walter gritó: —“alto”. Y, como por arte de magia, todo el bar se quedó en absoluto silencio. Al pararse; pudo percatarse que todo a su alrededor se encontraba totalmente quieto. En ese momento, sin darse

cuenta, Walter acababa de parar el tiempo. La escena del zafarrancho, que estaba a punto de comenzar hace algunos minutos, había quedado en pausa, como si hubiera agarrado el control del televisor y hubiera presionado el botón de *stop*. Asustado, el hombre salió corriendo del bar, para llevarse la gran sorpresa que toda la ciudad se encontraba paralizada, podía ver los helicópteros suspendidos en el aire, como también las aves, drones y cometas, todo el lugar parecía a una película de ciencia ficción, cuando se encontraba cruzando por la cebra, a pocos centímetros para llegar al andén, Walter exclamo: — ¡Muévanse! Y en un parpadeo volvió el movimiento en la ciudad; cuando quiso reaccionar para esquivar a una mujer que venía contra él, ya era demasiado tarde, así que chocaron sin remedio, la mujer que estaba distraída hablando por celular cayó de espaldas, y Walter encima de ella, enojada. La mujer se levantó reclamándole que se fijara por donde iba, para luego dar la vuelta y seguir su camino.

Comprensiblemente incrédulo, Walter no podía creer lo que le estaba pasando, es que era algo increíble, con solo pensar o desear algo inmediatamente lo tenía en sus manos, podía hacer realidad cualquier cosa por más extraña que pareciera, Walter podía hacer que lo imposible sucediera solo con imaginárselo. El primer día caminó por los mares de un continente a otro, en otra ocasión se fue volando hacia el espacio recorriendo todo el sistema solar, después quiso conocer otros mundos, otras galaxias, inclusive, llegando a contactar con otras especies. Cuando creyó haber adquirido todo el conocimiento posible, optó por regresar nuevamente al planeta tierra.

Al regresar a nuestro planeta, Walter se dio cuenta de que el mundo se encontraba en un conflicto entre naciones, en ese preciso instante, él sintió culpa por haberse ido y no estar pendiente de la tierra, solo bastó dar un chasquido para que todo volviera a la normalidad. Pasaron unas semanas y, de pronto, Walter empezó a sentirse solo, sentía que nada lo llenaba, todo le parecía aburrido, nada satisfizo su ser, pues ya había tenido a las mujeres más hermosas de este y otros mundos, ya había viajado al pasado y al futuro, ya conocía el antes y el después e,

incluso, ya sabía cuál era el origen y el porqué de las cosas. ¿Entonces, qué le hacía falta? ¿Por qué se sentía vacío? ¿Cuál era entonces la razón de su existencia?

Cierto día, se le ocurrió la grandiosa idea de volverse el justiciero de las personas, se dedicó a luchar contra los malvados, los opresores y los corruptos. Así pasaron los meses que pronto se terminarían volviendo años. El mundo había cambiado por completo, se volvió en un lugar absolutamente seguro, ya no había delincuencia ni crímenes, no había robos e injusticias y no había infidelidades ni engaños. Todo era perfecto, llegándose inclusive a cuestionar si era demasiado perfecto. Las mentiras eran cosa del pasado; todos eran honestos, honrados y pasivos, pareciéndose a unos animales domesticados.

En una ocasión “El que todo lo puede” iba caminando por la acera, cuando se topó con una niña que venía con su madre, la niña desesperada salió corriendo en búsqueda de los brazos de su mamá y, la señora al mirarlo, también se puso nerviosa y se fue enseguida de allí. De hecho, todas las personas que se encontraban cerca de Walter se las veía temerosas; es decir, todo aquel quien se percataba de su presencia corría o se alejaba de él, esto le comenzó a generar demasiada curiosidad, llegando a preguntarle a los transeúntes que, si estaba pasando algo, pero nadie le daba respuesta alguna. Caminó hacia su casa, un hombre apareció de la nada, el cual iba directo hacia él, Walter miró hacia atrás para ver si efectivamente venía con la intención de hablar con él y, en efecto, fue así; lo buscaba a él. El elegante caballero le preguntó si podía hacer el favor de ayudarlo, que si podía curarlo de la enfermedad que estaba padeciendo hace unos años, y por la cual ya había gastado una fortuna en tratamientos y ninguno había podido curarlo, así que se encontraba allí en búsqueda de un milagro, para que Dios lo cure y lo libere del dolor. Walter quedó impactado, no podía creer lo que estaba escuchando: ¿El tipo lo acababa de llamar Dios?

Mientras el señor se dedicaba a hablar y hablar contándole cada una de sus experiencias, Walter solo podía pensar en una cosa: él ahora era un dios, tenía el control de todo, era omnipresente, podía cambiar el destino de las cosas y ponerlas

a su favor, después de tener ese pensamiento egocentrista, Walter encontró un nuevo propósito, ahora iba a ser el salvador y mesías de la humanidad, fue así que durante meses se dedicó a recorrer el mundo curando a las personas de toda enfermedad, para luego desaparecer el hambre, la desigualdad, la inequidad, la banca, la moneda, los trabajos, la política y toda responsabilidad por hacer; con la intención de que nadie hiciera completamente nada, solo se dedicaran a vivir la vida y disfrutarla.

Al comienzo todo marchaba bien, las personas vivían en comunidad, se colaboraban entre sí, compartían en familia o con sus amistades o, tan solo se dedicaban a disfrutar de los placeres de la vida, era toda una utopía, era el modelo perfecto jamás creado por el hombre y tan solo una persona había podido hacer esto posible. Pronto se comenzaron a construir templos, estatuas, obras y cultos, como también se realizaron películas, juguetes, canciones, fiestas y actividades en honor a él. Walter se creía todopoderoso, se sentía un ser invencible, una deidad, una divinidad, un ser impoluto; en pocas palabras, un Dios.

Una noche, cuando estaba a punto de apagar el televisor para irse a dormir, una noticia de última hora llamaba su atención; el informe hablaba de un par de explosiones que se habían presentado en un pueblo de medio oriente, al ver que no era un asunto de gravedad y no había heridos, Walter apagó el televisor, hasta quedarse totalmente dormido. Al despertar, todo era un caos; sonaban las sirenas de las ambulancias y la policía, las autopistas estaban colapsadas, las calles desbordadas de gente y se escuchaban disparos como todo tipo de desórdenes en las ciudades.

Seguidamente, las personas empezaron a ir detrás de él. Walter asustado comenzó a correr y cuando quedó completamente rodeado se dispuso a volar, pero al comenzar a elevarse la gente saltaba encima de él para que no pudiera escapar, entonces, Walter enojado, dijo: — ¡basta! Enseguida todo se calmó, — ¡Qué les pasa! ¡Les he dado todo! ¡No les hace falta nada! ¡Están viviendo en un mundo de ensueño! ¡En un paraíso en la tierra donde solo hay paz! Las personas asustadas e

inmovilizadas quedaron en silencio. Continuando, Walter les decía a los habitantes del mundo que si él quería podía acabar con todo el desorden que estaban causando con solo pensarlo y volver todo a la normalidad. De pronto, Walter fue interrumpido por una anciana, quien le dijo: — ¡Eso nos falta! ¡Libertad! No tenemos libre albedrío, no podemos tomar nuestras propias decisiones, vivimos sometidos a tu voluntad y cada persona debe tener la capacidad elegir su destino. Lo siguiente que escuchó el sorprendido hombre fue el siguiente susurro: — “Todo gran poder suele conllevar una gran responsabilidad”. Luego de escuchar esas palabras, Walter despertó. Se encontraba en la cama de un hospital y estaba acompañado de su esposa e hijos; asombrado le preguntó a su esposa qué era lo que le había pasado. Enseguida, su esposa le contestó que llevaba una semana en coma, debido a una fractura craneoencefálica causada por una pelea. De pronto, enfermeras y doctores entraron a la habitación para analizarlo y realizarle exámenes de rutina; amablemente le pidieron a su familia que saliera por unos minutos, segundos antes de que su mujer saliera, Walter le expresa que había tenido la experiencia más extraña en su vida, a lo que su esposa responde: —cuando estemos en casa me lo cuentas.

La pelea de los colores

Un día los colores del planeta empezaron una discusión entre ellos, ya que cada uno pretendía ser el mejor, el más importante, el más bello, el más útil y el favorito de todos. El primero que habló fue el verde, y dijo: —Yo soy el más esencial, el innegable, representó la vida y la esperanza, he sido escogido como la hierba, los árboles y las hojas. Sin mí, los animales morirían. Miren el campo y verán que soy el que más presente está.

El segundo que intervino fue el azul: —Tú, solo piensas en la tierra, pero olvidas el cielo y el océano. El agua es la base de la vida, y el cielo nos da espacio, paz y seriedad. Sin mí, ninguno de nosotros sería nada.

El tercero que opinó fue el amarillo, sonrió ante esas palabras: —¡que gracia me hacen! Yo aportó la risa, la alegría y el calor al mundo, al igual que la luna y las estrellas. Y si miran al girasol, el mostrará que yo soy la vida y, sin mí, no habría ningún placer en esta vida.

El cuarto, el naranja, cansado de oírlos, sin ponerse de acuerdo, elevó su voz entre la discusión de los otros y, dijo: —soy el color de la salud y de la fuerza. Tal vez me ven menos o a menudo entre los otros, pero soy útil para las necesidades de la vida humana. Transporte las vitaminas más importantes que son las zanahorias, la calabaza, los mangos y la papaya. No estoy presente en todo el tiempo, pero cuando coloreo el cielo en los amaneceres o atardeceres mi belleza es tal que ya no se fijan en otros, sino que se fija en mí.

El quinto fue el rojo, él se había mantenido al margen hasta este momento y tomó la palabra alto y fuerte: —soy el jefe de todo el color, porque soy la sangre, la energía de la vida. Soy el color del peligro y de la valentía. Siempre estoy dispuesto

a pelearme por una causa. Sin mí, la tierra estaría vacía como la luna. Soy el color de la pasión y del amor, de rosa roja, de la amapola.

La sexta fue el púrpura: se levantó y habló dignamente: —yo soy el color de la realeza y del poder, los reyes, los jefes y los obispos me escogieron porque soy el signo de la autoridad y de la sabiduría. La gente no me interroga, me escuchan y obedecen.

Finalmente, habló el humano, con mucha más calma que los demás, pero con la misma determinación: —piensen en mí, soy el color del silencio. Quizás no me hayan visto, pero si mí, serian insignificantes. Representó el pensamiento y la reflexión, la sombra del crepúsculo y las profundidades del agua. Me necesitan para el equilibrio, el contraste y la paz interior.

Y así, los colores continuaron gastándose convencidos de que cada uno de ellos era el más importante. Su disputa se hizo cada vez más fuerte. Pero de repente, un relámpago apareció en el cielo y el trueno gruñó. La lluvia comenzó a caer fuerte e inquieto, a los colores se acercaron unos a otros para sentirse más seguros. Y en medio del clamor la lluvia tomó la palabra:

—Y si los colores no dejan de discutir y cada uno intenta mandar sobre los más, no podrían entender que cada uno de ellos existen por una razón especial, única y diferente.

Entonces, agregó: —y sí juntamos nuestras manos y vienen conmigo. Los colores obedecieron y se hizo una lluvia y dijo uno de los colores de a hora en adelante, cuando llueva, cada uno de nosotros atravesará el cielo para formar un gran arco iris de colores y demostrar que podemos vivir juntos en armonía. El arco iris es un signo de esperanza para la vida y cada vez que la lluvia lave el mundo, un hermoso arco iris aparecerá en el cielo para recordar al mundo que todos los colores son muy importantes y que se deben amar los unos a los otros.

Chronos olvidado

I

Todas las noches se resisten a morir y viví lo que jamás olvidaré. Era noche de luna, y yo estaba sentado en una banca bajo la sombra proyectada por la aguja del templo de la plaza de Saint Germain. Esperaba, cual transeúnte que no sabe a dónde ir, la señal que me indicara el camino y evitando encontrar profecías en cualquier pared o calle hacia donde miraba me propuse a entremezclar varios pensamientos, hasta obtener uno solo congestionado y sin sentido. Los automóviles pasaban frente a mí y los charcos reflejaban la luz de las farolas, su velocidad levantaba el agua y las gruesas gotas salían volando hasta mis zapatos que se sentían cada vez más fríos. Como no resistía más me paré y entré al jardín ubicado a un lado del templo. Estaba entumecido, y me mantenía allí, en otra banca, quieto, con la mirada fija en un busto de alguien otro famoso. Hora y media de espera. Perdí el interés en el busto y aparté mi atención de él para mirar la torre de reloj en el templo.

Eran las dos de la mañana y el lugar se tornó fantasmal. De vez en cuando el viento levantaba y arrancaba algunas hojas del jardín que rodeaba la circunferencia formada por los asientos, haciendo parecer como si estas levitaran. En ese tiempo se hallaba una vieja e infuncional fuente a la entrada, y yo, víctima del sopor, fui directo a ella para lavarme la cara. Miré la fuente y el agua se mostraba como si hubiera un temblor, y evitando una invasión de temor puse empeño en ignorarlo, así cada vez que me agachaba a coger el agua con mis manos podía ver mi reflejo y me detuve a observar el movimiento de esa figura pálida quedándome hasta que la quietud nuevamente regresó a ella. Después de ese momento no pude seguir moviéndome, tampoco se movían las nubes que atravesaban el brumoso cielo ni

nada levantaba y arrancaba las hojas, el viento se encontraba ausente. El tiempo de lo real se había detenido, más el de la realidad, el de mi mente, continuaba, porque se movía el pensamiento y el mundo interior se agitaba. Pero en un parpadeo, una gran sombra pasó por el mundo y el tiempo apartándome de lo que conocía, abrió su cuerpo y me tragó.

Esta transición no trajo sino pesadillas, el cambio fue lento. Aparecieron de entre la primera bruma los guardianes de este nuevo lugar e intentaron por todos los medios por ellos conocidos arrebatarme la memoria, y de mí, solo quitaron los recuerdos mecánicos, porque perdieron la lucha con los que ya se habían fundido conmigo en el otro mundo, al extremo de la frustración. Si algo extraño sucedía aquí, y llegó a ser normal, era no poder pensar el continuo, nada era continuo. Recordar era posible si se pensaba imagen por imagen y aprender a hacerlo me costaba la desesperación, apenas y me atrevía a explorar el continuo. Reproducir un recuerdo en mi cabeza se convirtió en una imposibilidad, cada movimiento era eterno.

Inevitablemente siempre vuelvo con mi memoria, bajo la tortura de este sitio desconocido, al mundo donde nací. En aquellas épocas me pasaba mirando el alba. La nostalgia resultante del movimiento pendular se veía en la forma del rocío sobre el cual dejaba caer mi cuerpo. Tan despacio me acercaba a la hierba que en el ejercicio de la caída distinguía los diminutos quiebres en la tierra como sendos abismos. Antes de tocar las hojas más altas se sentía vibrar a la tierra y los prismas naturales anticipaban el desastre. Algunas veces me dispuse a parar, a rebelarme contra el tiempo y esa forma tan poco disimulada de presentarse, nada fue suficiente, siempre insistía en la destrucción y entonces fue cuando decidí equivocadamente abandonarlo.

Como no existe otra forma de decirlo, haré uso de los términos: día, hora, etc., para poder hablar. Un día los guardianes tocaron las barras de mi celda y me hicieron saber que era hora de salir del foso. La alegría se apoderó de mí y no pude esperar a estar afuera. Poco a poco iba ascendiendo por empinadas escaleras, pero

no todo fue felicidad. Iba subiendo y un chirrido tomaba fuerza, se apoderaba de la atmósfera y espesaba el aire. Apenas salí y me fijé en el nuevo mundo pude pensar: ¡Gigantes! Esa palabra vino a mi cabeza y cuando la quise pronunciar, tan impresionante era el movimiento y grande el estruendo que la palabra no alcanzaba a salir, moría por cada intento de ser. Unos enormes pilares se sostenían sobre una columna maestra y eran empujados por la fuerza de lo que existe hacia la nada. Un guardián me dijo: no hay quien les detenga y se muestran como si no les cansara su oficio. —¿Es que están vivos?, pregunté. Están vivos y se alimentan de la degradación del universo de dónde vienes y que un día habitaste.

A veces juzgaba: se mueven con facilidad y no piensan en lo hecho. Al fin y al cabo, son pilares, ¿qué pueden imaginar? Sin embargo, un pilar hijo del Tiempo respondió desde el infinito y que todo pensamiento conocía: —nosotros sostenemos lo que existe y así mismo lo movemos. Me quedé paralizado y desde lo que ignoraba, pensé: si algún día imaginaron desistir de su tarea no habría tiempo, y él conocería el miedo a la muerte llegada desde el silencio de lo atemporal. Me equivoqué. Conforme pasaban los años le conocía más y así es como llegué a ser capaz de verlo caer en estados jamás sufridos por los hombres. Me preguntó, y él lo sabe, si el suicidio está entre sus planes y el acto me conmueve, ese hecho no me cabe en la cabeza, pues le tomaría al tiempo toda una eternidad la muerte. Y estos seres que le componen, los gigantes, al caer destruirían iónicos monumentos dedicados a lo sempiterno. Golpearían el universo hasta hacer nada de ellos.

II

Sin embargo, los incalculables momentos desaparecidos para los del otro lado, son para mí, motivo de vida. Una que tenía antes de venir acá y en la que también tuve un trasplante. Salí de joven a un ambiente capaz de proyectar paisajes subterráneos, contenedores de un gris dominado por las luces de neón. Ese era el lugar donde cualquier día uno podía perderse caminando por las calles convertidas en fiesta cada año. Esta ciudad, la misma de la plaza de Saint Germain, era

conocida por sus imágenes neo y post modernistas, todas envejecidas por el manoseo incesante de las horas, deformadas por aquellos que se oponían a su muerte y que por recuperarlas eran capaces de morir a su lado. Ver a estos conservadores del pasado causaba en mí un sentimiento de intolerancia, su desaliento impregnaba los muros al igual que la negación de lo perdido. No sentía ningún pesar, ese espectáculo marcaba la desaparición de la creación de los hombres, sí, creación en singular, porque todas las creaciones suman una única, la humanidad. Ellos al sentirse dueños del futuro nombraron, como ya dije, a su arte y literatura como si fuesen lo último, el punto *culmen* del intelecto. Nada más sería después, excepto el retorno a lo primitivo.

Hace tiempo pasaba las tardes en los tejados de los edificios más altos de la ciudad, el trabajo me dejaba tiempo para detallar cómo mis semejantes se arrastraban por las aceras prostituyendo sus recursos éticos en virtud de vivir el ahora. Desde lo alto se asomaban otros hombres a ver el movimiento en las avenidas, porque eso era lo único que había, la cotidianidad. Y cuando terminaba mi día caminaba escuchando los sonidos venidos de las callejuelas sin salida, en ellas se refugiaba un buen sentido del humor, el mismo que se podía encontrar parado en los semáforos. Originado de una voz que dominaba la penumbra, saturaba los pasadizos de hoteles pintados con colores llamativos y de los que emergía un vapor venido del sudor. Sumado a eso aparecían algunos torrentes de cuerpos femeninos, todos tomaban su lugar en la noche. Por aquí y por allá aparecía una señal, una parada. Me paraba a compartir tiempo con ellos y, a veces, me dejaban porque llegaba alguien que sacaba la mano por la ventana de un automóvil y tenían que irse a amputar los bolsillos de lo insaciable. Pero poco importaba, porque la mayoría tenían una vida dedicada al cansancio y esta era la hora de satisfacer lo que ya no se compensaba. Aunque, cómo no evitar asistir al lecho de la noche donde se participaba del oficio de siempre y para siempre. Sin embargo, no todo es placer, el estar al lado de quienes soportaban muchas veces el frío de la espera y la desilusión de no haber hecho nada me daba fatiga y como buen cobarde huía de la miseria y del fracaso. Nunca olvidaré aquel día en que una de

ellas llegó con su hija al trabajo y me pidió cuidarla un rato, yo así lo hice y más tarde vino con un conejo entre sus brazos para dárselo. La niña corría tras el conejo en la callejuela mientras su madre entraba con un hombre de aspecto parco y rancio en el hotel. Así era la vida en ese bosque de edificios altos y delgados por el que siguen pasando las manos de decenas de sombras. Personalmente no me debía preocupar por esa niña ni por su madre, pues existe un dios, y éste les lanzaría a las calles y haría posible su vida bajo las sábanas saladas y el gris de alguna habitación.

Veo el pasado, de nuevo la memoria me lleva hasta un suceso cuya víctima, un hombre a quien la muerte no andaba buscando, murió. Tuvo suficiente con tropezarse con ella e insistir en continuar por el mismo camino. Cuando el tiempo desea avanzar más rápido se sale con la suya y lo que en ese mundo me parecía accidente, ahora sé que deriva de un plan. Existen minutos que el tiempo hace cambiar de ritmo y entonces el mundo es perturbado por ese deseo propio de él. Pero volviendo al hombre y con su figura agonizante, el sujeto no iba a dejar de ser, y la sangre no paraba de salir. En cambio, cada esfuerzo disminuía la fuerza que lo mantenía en movimiento. En este caso esforzarse por vivir no era sino acelerar la muerte. Por eso, en una noche común me abalancé hacia esta especie, a quien debemos la simplicidad y cuya ambición quiere capturar el tiempo para meterlo dentro y solidificarse con él. Así en un futuro alguien diría: este cuerpo es un ejemplo de eternidad, a lo que yo respondería: la vida siempre termina, incluso la de aquellos que buscaron ser eternos inmortalizándose en pequeños actos.

III

Una tarde estaba paseando por la plaza para entretenerme observando edificios a ver si en estos encontraba algo nuevo. Me detuve en uno para detallar un reloj que salía de la fachada. Después de algún tiempo y por accidente, una partícula que componía una de las manecillas se arrancó y vino directamente a mi ojo, el cual froté nada más para el problema. Diluí cientos de instantes en mis lágrimas, estos dieron media vuelta al glóbulo ocular y se adueñaron de mis

órganos. Penetraron toda sustancia orgánica, la multitud de segundos se reproducían y su ser insoportable me llevó a deshacerme de lo que tenía dentro. A la entrada del edificio quedó la silueta de un hombre y como un germen una figura desde el centro comenzaba a partirla y lo hizo al punto de volverla irreconocible.

Pero el tiempo movía sus fichas, daba molde a cada una con mucho cuidado, es prácticamente un artista. Uno en su mala inocencia se ponía a decidir y se guiaba por supuestos signos y azares; sin embargo, era partícipe del engaño. Tras cada acto el tiempo se mostraba y daba evidencia de su alcance, y uno ciego no percibía la sombra tras la sombra.

Desde mi actual posición he intentado comunicar estos sucesos, le he dicho a la gente que, si hace retornar a los segundos, entonces la soledad viene con ellos. Que la intranquilidad florece en campos rodeados de intriga, prestos a la hostilidad y que la melancolía no se detiene a jugar en invierno en los helados ríos con bohemios peces. Que la plaga de los calendarios de antaño no tendrá misericordia de la cordura y, a pesar de las maldiciones, ningún péndulo se detendrá. No importa cuántos cuerpos se arrojen al mar, el tiempo siempre los captura, ya lo ha hecho, y los ha puesto dentro de sus botellas en tal cantidad, que explotan y forman tormentas en los confines del universo para dar y quitar vida.

Intenté rebelarme contra todo en el mundo del tiempo, pero cuando me animaba, pensaba en él y me veía disminuido. Alucinaba con ser capaz de dominar su naturaleza y meterlo en la celda en la que yo alguna vez estuve. A estos disparates él responde con silencio, sabe que soy su prisionero. Y pensar que es incorruptible, es aterrador. He probado cientos de formas para que hagamos acuerdos y se resiste a dejarme ir, a pesar de tener a otros aquí, porque no soy el único, hay muchos. Él comparte con todos, su soledad, ¿se imagina la soledad del tiempo? Ahora piense en nosotros soportándola. El verme aquí frente a estas paredes esperando el día de la muerte del tiempo me arranca el último trozo de humanidad, y nada más queda el hombre. Somos miles de hombres gritando y en

este mundo nada se escucha excepto por un lugar, en la fuente de la plaza de Saint Germain se ve sin aparente razón, el agua siendo perturbada.

El niño pez

Hace mucho tiempo, en un pequeño pueblo de nombre “El Caimito”, a orillas del río Mira, vivía una pareja de ancianos, quienes se ganaban la vida gracias a la venta de pescado. Un día Andrés, esposo de María, preguntó a esta si le gustaría que adoptasen a un niño, inmediatamente el rostro de aquella mujer cambió revelando unos brillantes ojos y una gran sonrisa.

María acepta ir con su esposo al lugar de adopción en donde son atendidos por Henry el encargado de aquel lugar quien los hace pasar a su oficina, en donde estos le hacen saber su anhelo de adoptar a un niño y el cuidado que le darían, pues siempre han deseado tener uno y no se explicaban por qué Dios les había negado esa dicha. Al escuchar tan conmovedor relato el director del centro de adopción ordena a su asistente llevar a la pareja con los niños, uno a uno fue pasando, pero, ninguno quería irse con los ancianos, pues tenían un olor desagradable para el cual, el agua y el jabón no eran suficientes.

De regreso a casa, Andrés y María estaban tristes por no haber logrado la adopción, de repente escucharon el llanto de un recién nacido y para su asombro, este yacía en medio de la basura. La pareja decide llevar consigo a este pequeño, pues ya era de noche como para ir a una estación de policía, una vez llegaron a su hogar se sorprendieron al ver que el niño tenía la piel arrugada y escamas brillantes en los antebrazos. Al día siguiente lo llevaron ante las autoridades competentes, pero ninguno de los funcionarios quería hacerse cargo del infante, pues era evidente por qué lo habían abandonado, no siendo más, piden a los esposos que se queden con él.

Años después, Daniel, como sus padres adoptivos lo llamaron, creció y, a la edad de once años insistía a la pareja de ancianos que le permitieran entrar a la

escuela, pero siempre le daban la misma respuesta, por más que este les rogara no le daban estudio, una tarde aquel chico escapó de su casa para dirigirse a ese maravilloso lugar, donde todos los niños del pueblo asisten con gran alegría. Ese día profesores y estudiantes de la institución educativa marcharon a orillas del río Mira para un compartir. Daniel los observa desde lejos, en donde ve como un grupo de estudiantes se aleja del resto.

Los alumnos jugaban con una pelota amarilla, la cual cae y rueda hasta llegar al río. Inmediatamente uno de los niños va tras ella y, al tratar de recuperar aquel objeto, se ve atrapado en medio de aguas torrenciales, las cuales lo arrastran alejándolo de la orilla. De repente todo era pánico, los compañeros del estudiante no sabían qué hacer, pues la corriente era muy fuerte, todos observaban esperando lo peor, algunos niños fueron por ayuda con la esperanza de que no sea demasiado tarde. Aquel alumno gritaba pidiendo ayuda. Los espectadores solo esperaban su final.

Cuando de la nada aparece un niño casi desnudo, corriendo por todo el lugar. Apenas se le alcanza a ver un destello que sale de sus antebrazos y se tira al rescate, aquel que había sido rescatado y llevado al otro lado del río cansado de tanto luchar por su vida observa a quien lo salvó, mirando su pequeña estatura y sus escamas brillantes en sus brazos, quien le da las gracias por haberlo salvado. Una vez llegan los profesores y demás alumnos de la institución educativa preguntan sobre aquello que ha acontecido. Todos los estudiantes responden a una sola voz: —un niño pez lo salvó. Desde entonces se dice que, si un niño se tira a nadar en días de semana santa, se convierte en pez.

Un gato

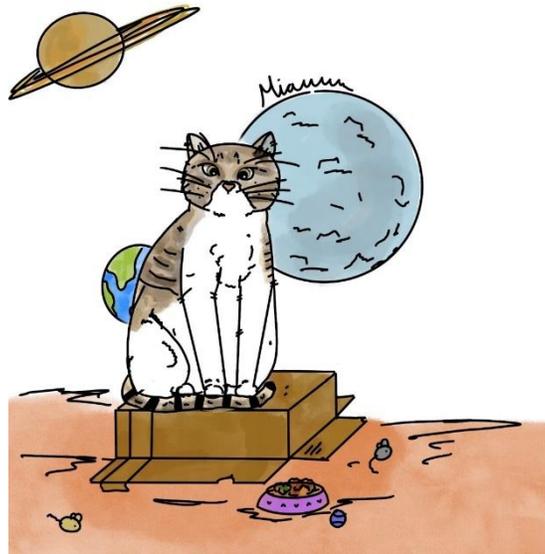


Ilustración de Isabella Rivas Luna

En un inicio hubiera querido contarles que tengo un gato; pero, aunque lo intente, no puedo mentir. Si hay un gato en esta historia, solo que no es mío, en realidad no es de nadie porque así son estos animales. Él sabía que iba a venir hasta mi casa, aún antes de haber llegado, por eso, permítanme cometer otra deliberada incorrección: en realidad no es mi casa, es del gato. Él sabe más de lo que maúlla, de eso estoy seguro, porque lo entiendo y, aunque no me gusta su tono y actitud prepotente, por alguna razón (que esta vez sí desconozco) por fin le hago caso.

Este gato habla de estrellas lejanas y mundos paralelos, se reconoce a sí mismo como indeterminista, pero prefiere la comida en *pellets* y que le rasquen la panza a la hora de conversar.

He logrado interpretar en sus maullidos que proviene de una antigua raza alienígena y que sus líderes lo dejaron junto a otros de su especie en la tierra, para

colonizarla. Me suele contar en tono despreocupado, que los planes han funcionado a la perfección, porque los humanos que se creen muy listos, ya les limpian la caca y los alimentan con solo un maullido, como si fuera una orden.

Creo que piensa que yo soy muy tonto y que no lo entiendo o, que no lo denunciaré, ya que me cuenta sobre su plan de conquistar la tierra y dominar a los humanos sin ninguna prevención.

Ahora, estoy esperando que su majestad termine la eterna siesta diaria, para alimentarlo e, intentar, que me cuente más detalles de su macabro plan.

La posesión de Thot

El cuarto con piezas de rompecabezas en el suelo y una ventana grande que jamás se descubre, porque como el cuerpo que aguarda en el recinto, se empaña de oscuridad. Cualquier historia se explicaría desde la cronología, pero más valen las espontaneidades para evitar la disociación.

Tangerine es, quizá, la muchacha más pálida del barrio, también la más callada (podría parecer incluso que, jamás conoció de oratoria y, sin afasias, nadie la escuchó expresar una sola onomatopeya, o emitir un dejo por maña). Con casi 26 años, no sabía lo que parece necesario y la adultez sentía no asfixiar, porque, cada vez que esta pretendía sostenerla entre sus brazos, la encontraba agachada, construyendo con sus dedos, intercambiadores viales para civilizaciones de hormigas o, buscando, craquelados del suelo como metáfora al tiempo imbatible. Así, parecía siempre estar huyendo de lo inevitable, empuñando armas que no eran blancas, sólo verbos.

Noche tras noche, el concierto N.º 6 en Sol Mayor para 2 Oboes de Albinoni, como una revelación, se reproducía en su cabeza y era investida por el espíritu macabro de la creación. Se desdoblaba y trazaba inútiles agravios contra la fuerza magnética del suceso. Al soltar el lápiz, su cuerpo caía y sollozaba irredenta. Los vecinos imaginaban rituales venerandos a Abbadón y especulaban en sus hogares – tibios de hipocresía–, cientos de historias sobre ella.

Al día siguiente, la señalaban, le gritaban rezos inconclusos, pero ella era un recinto de olvido, reflejo de la conducta (im)perceptible.

Sí, encontraba hojas llenas de garabatos al despertar.

Sí, sentía gran presión en su pecho.

Sí, había adquirido la afición del túnel carpiano, pero, no comprendía nada y prefería no leer (o al menos intentarlo), esas páginas que la *poiesis* había escrito.

Una noche como de costumbre, –ella sin ser creyente–, repitió padres nuestros en su cabeza, implorando que un milagro soso y antipoético, le arrebatase la incomodidad del pensamiento. Se puso de pie, desnudó sus carnes, se vio sin verse en el espejo roto de la pared, se puso una camisa grande de John Coltrane (1926-1967) y se acurrucó entre las cobijas heladas.

Su gato maulló, ella suspiró y todo estuvo parsimoniosamente elaborado.

Antes de dormir, escuchó el sonido metálico de una cadena rozando el suelo y prefirió no moverse, aunque impávida gritó: –“¿Quién anda ahí?”; los eslabones seguían sonando. Entonces, se puso de pie, sintió la aspereza de la superficie y, descalza, emprendió el camino hacia el descubrimiento.

Lo que encontró fue delirante: un cuerpo blanco, hinchado, sin rostro reconocible, con grilletas, desplazándose lentamente hacia ella, pidiendo cercanía. Quiso gritar, pero su garganta viva no emanaba sonidos y la mano del ente, cubrió su boca, mientras le susurraba al oído discursos ininteligibles sobre la pesadez y el *fernweh*, arrullando con eso a la joven como en un comienzo en falso o una guía de tempo. La tiró con brusquedad hacia el estante de los libros y la obligó a recordar las noches entrañables de la posesión delirante.

Tangerine temerosa, preguntó: –“¿La poesía es satanás?”

La presencia blancuzca, hijo de la luz, contestó: –*Tal vez lo sea. Todo deseo de lejanía empieza en los rincones estrechos del alma, porque realmente no busca una distancia física, que marquen los kilómetros y delimiten las fronteras, sino un traslado existencial de las fases humanas que permita reconocer en el cambio un renacimiento en la substancia, como si de una transmigración se tratase. Basta escuchar con atención el sonido del impulso de las alas de las mariposas monarca para comprender un poco de su afabilidad y sabiduría sobre ciclos, porque ¿quién mejor que ellas para reconocerlos, aún en brevedad? No hace falta profanar las crisálidas para entender el clímax del vuelo o la hondura de la cuchillada, sinónimo de la noble empresa para la liberación.*

Reproduciendo su lógica del silencio, la joven calló, el ente se desvaneció y, entre la abolición del tiempo y el espacio, comprendió el lastre, el sentido de su mutismo y, la mialgia posterior a la proyección astral.

Desde entonces, en la memoria detenida y sin posibilidad de exorcismo, escribe.

Esta no es la típica historia de terror

Capítulo I

La llamada a Miriam

Un niño, hace muchos años empezó a sospechar algo en el comportamiento de su padre, hasta que lo descubrió, aquí te cuento: se llama Cristian Cray y vive con su papá Marcos Cray y su hermanastra Miriam Castro. Hace tiempo se mudó con su papá y con Miriam, entre ellos tres se llevaban bien, hasta que Cristian notó algo raro.

Un día de noche a Miriam la llamaron de un número desconocido y le dijeron: —Niña te vamos a rescatar de esa casa, prepárate, en una hora iremos. Miriam le dijo a Marcos: —Papá, papá, me llamó una mujer a decirme que me va a rescatar. —Cristian, Miriam empaquen sus cosas, nos vamos de la ciudad, dijo Marcos; ya en el carro agregó: —espérenme aquí, voy a traer algo. Minutos después llegó con unas cobijas, un dispensador de chocolate caliente y vasos, unos libros y una radio. Después de esto, Cristian dijo: —¿A dónde vamos, pa, estamos en peligro o qué? Marcos no le respondió y puso en marcha su auto, después prendió la radio y colocó una emisora de música, luego una de relatos, hasta que ubicó una de noticias: —Han encontrado a la hija de María Castro, una de las científicas más reconocidas del mundo. Casi al instante cambió a la emisora de música y se produjo un silencio horrible entre la familia. Cristian dice: —Papá, a donde nos llevas, me estás asustando. —A un lugar lejano, muy muy lejano, contestó su padre.

Capítulo II

La casa robada

Después de unas largas horas, llegaron a un pueblito llamado San José Huracán, fueron a un lugar a las afueras de la ciudad y llegaron a una casa muy

bien cuidada. Marcos sacó una llave y abrió la puerta de la casa, y esa casa estaba decorada y con cosas organizadas. Marcos les dice a los niños: —vayan al carro y espérenme ahí. Luego Marcos sale con una bolsa negra que se movía y la metió en una caja y la enterró en el patio: —sigan niños, está libre —¿Libre de qué pa? Dijo Miriam. —Sólo entren, no importa, dijo Marcos.

Cristian empezó a sospechar de su papá.

En la noche, Cristian le dijo a su papá: —Pa, cuéntame una historia de terror. —Ok, pero no te vayas a asustar, jejeje.

Capítulo III

La historia de terror

—Hace 25 años, dice Marcos, había un señor que robaba niños e informaba a los padres sobre eso como si fuera inocente, el hombre analizaba a los bebés y si no le gustaban los vendía, así, durante muchos años, hasta que hace 10 años el señor conocido como “vendedor” encontró a un bebé de ojos azules y pelo rubio y, dijo: —este es perfecto, como de costumbre dijo a los padres que se habían llevado a su hijo y el padre del niño comentó: —¿usted insinúa que somos tontos?, tenemos cámaras y vimos cómo se llevó a nuestro hijo, el hombre sacó un arma. —Devuélvame a mi hijo o disparo. El hombre se negó y el señor disparó, el “vendedor” golpeó al señor con una pesada lámpara y la madre prometió no decir nada, el “vendedor” se llevó al niño y lo crio. Jamás volvió a secuestrar niños.

Cristian compartía cuarto con Miriam, estaba aterrada. Cristian saltó de la cama, agarró a Miriam del brazo y se la llevó al baño y cerró la puerta con llave: —Miriam, tenemos que salir de aquí y rápido, dijo Cristian. —Hora de dormir, niños, jajaja, dijo Marcos riendo como un loco, agarró un martillo y empezó a romper la puerta. —Ahí voy, no me esperen o, mejor aún, si lo hagan, jajaja, dijo Marcos. —Rápido, Cristian, dice Miriam, —por ahí no alcanzo Miriam, dijo Cristian. —Vamos, tú puedes. Con un ágil movimiento de Cristian ve un tubo, salta, lo alcanza y se cuelga de piernas y estira las manos. —Como lo practicamos, dice

Miriam. Salta, se agarra de las manos de Cristian y se impulsa hacia adelante, logrando alcanzar la ventana. Luego Cristian salta y alcanza la ventana y salen.

—Lo logramos, ¡lo hicimos!, dicen en dúo mientras chocan las manos. Huyen a una estación de policía y les cuentan todo, los policías van a la casa, pero resulta que Marcos se había escapado, así que uno loco sigue suelto en el pueblo de San José Huracán.

Capítulo IV

Una historia inventada

—Nadie cuenta historias de terror mejor que tú, tío Cristian, dice una voz nueva, es la voz de Nicolás, el sobrino de Cristian. —¿En serio te robó el abuelo?, dice Nicolás. —No, esta es una historia inventada, dice Cristian. Al final resulta que Cristian es un famoso escritor. Miriam es ingeniera y vive en otro país. Marcos es taxista. Así termina la “historia inventada”.